

Antes de tomar el hábito, infiérese que ya la Valliere se habia avezado á las asperezas del sayal y del cilicio, de las palabras que ella misma dijo á Madame de Maintenon, contestando á la duda que esta la manifestaba de que bastaran sus fuerzas á soportar las austeridades del claustro.

— Anda, señora! — contestó en efecto la penitente — yo sé que no hay expiacion bastante para el crimen de haber amado desordenadamente; y además, si alguna vez padezco demasiado en el claustro, bastará para consuelo recordar todas las penas que el Rey y su dama me hicieron sufrir en la corte.

¡La corte! El historiador de la Maintenon nos dice que toda ella quiso asistir al sacrificio, inclusa la Reina. « Nunca pareció tan amable la víctima como en el momento de ser inmolada. Su beldad sorprendió á todos; á nadie el sermón de Bossuet. Hasta los cortesanos lloraban! La Duquesa de la Valliere pronunció los votos que para siempre la encadenaban, con la misma gracia, el mismo anhelo, y la libertad misma de espíritu con que mil veces habia jurado á Luis un amor eterno.

« Desde aquel instante ni un pesar de haber dejado el mundo, ni un suspiro para el Príncipe que adoró; ocupóse exclusivamente en Dios y en llorar sus pecados, trovando el magnífico cántico en que David deplora extravíos hartos mas criminales, pero con sentimientos de amor, de fe y de contrición, superiores á los del Rey pecador sin duda alguna, por mas que las debilidades de Luisa, fuesen mas dignas de perdon que las de Bet-sabé.

« Treinta y cinco años pasó en la penitencia, bajo el nombre el Sor Luisa de la Misericordia; mas grande á los ojos del cristiano y del Rey mismo bajo el cilicio, en la humillacion, y al pié de los altares, que cuando sentada junto al trono veia á una turba de aduladores mendigar solícita y temblando sus miradas.

« De aquellos placeres recogió inquietudes; del padecimiento en el claustro cosechó inefables gozos. »

X

Luisa de la Valliere habia dicho: « Ah! si no fuera Rey » — Cuando á la Montespan le llegó la vez, exclamó: — « Ah! si yo fuera la Reina! »

La Valliere no amaba en el Rey mas que á su amante; la Montespan no amaba en su amante mas que al Rey.

Quizá al llegar la Marquesa ya no encontró mas que un Rey: el hombre, Luis, desvaneciése con la última caricia de la Valliere.

Toda la poesia, quiero decir, toda la juventud de aquel reinado, habíase escondido en el convento de las Carmelitas. Si la Princesa Enriqueta se habia llevado consigo á la tumba toda la alegría de San German y de Fontainebleau, la Valliere llevándose á su vez todo el amor de Versailles, no dejó en pos de sí mas que oraciones fúnebres. — « La Princesa se muere. — La princesa ha muerto! » — Así exclamaba Bossuet elocuentemente, en las exequias de la Duquesa de Orleans, como diciendo:

Acabáronse las máscaras galantes, y los discretos diálogos que comenzando con un madrigal de *Astrea* (1), terminábanse en una carcajada de Moliere; no se repetirán aquellas cacerías en que al abrigo de los espesos y á veces atronados jarales, encontraba cada Endimion á su Diana; adios á las músicas y á las cabalgatas; desapareció la encantada insula donde eran realidades los poemas del Ariosto y los cuentos de Bocacio!

¡La Duquesa de la Valliere se muere— la Duquesa se ha muerto! ó mas bien, como lo dice ella misma, « ha arrojado su vida en el ataud de la » penitencia. »

¡Consumado está el sacrificio! Ya no perseguirá Apolo á Dafne en la pradera de violetas esmaltada! Racine no cantará mas á las *Andrómacas* y las *Berenices*, la Vallieres disfrazadas, que osan cantarle al Rey mismo las flaquezas de Luis de Borbon! Si Mignard quiere todavía pintar el Amor, será el de la Magdalena arrepentida, dando testimonio en la bóveda

(1) *Astrea*, novela heróico-sentimental muy á la moda en aquellos tiempos.

del Val-de-Grace (1) de la penitencia de Sor Luisa de la Misericordia.

¿Quién, si admiró aquel *fresco* de Mignard, no ha reconocido á la dama de Luis XIV, en la pecadora que á los piés de Jesús se postra, como anegada en su magnífica rubia cabellera?

La belleza de Luisa de la Valliere consistia mas en lo hechicero de su expresion que en la simétrica regularidad de sus facciones. Ciertamente un escultor no hubiera podido cifrar en mármol con el cincel su hermosura; pero si un pintor revelárnosla, aunque insumisa y fugaz, en la nítida transparencia de sus ojos color de cielo, en la penetrante frescura de su sonrisa, en la diáfana blancura del cutis, y en el virginal colorido de su cabellera tal como las quenosha dejado el pincel del Correggio. Al verla se encontró hecho Lafontaine su verso inmortal que dice:

« La grâce, plus belle encore que la beauté. »
(La gracia, mas beldad que la belleza).

Cojeaba la Valliere, mas hasta ese defecto era en ella una gracia, pudiendo aplicársele lo que de otra hermosura, en caso análogo, dijo no sé qué poeta de la antigüedad: « No cojeas, sino que al lado del amor te inclinas. » Si no andaba tan de prisa como María Mancini, era en la danza mas ligera que la señorita de Fontanges. ¡Cómo se hubieran consolado Shakspeare y Byron de sus cojeras, viendo pasar á la Valliere!— Su hija, Mademoiselle de Blois, casada después con el Principe de Conti, hubiera podido envidiarla, con ser ella misma la *Ninfa* de quien dijo con razon La Fontaine!

L'herbe l'aurait portée; une fleur n'aurait pas
Reçu l'empreinte de ses pas.

Lo que pudiera verterse en castellano diciendo:

La yerba la llevara;
Y tierna flor, sin abatirla, hollara.

(1) *Val de grace*. — Advocacion de la Iglesia de uno de los mas antiguos hospitales de París.

La Reina dió á la Valliere el velo, sudario de su amor, Bossuet pronunció su oracion fúnebre.

Durante treinta y seis años vivió la Duquesa, ó mas bien Sor Luisa de la Misericordia, en las Carmelitas, siendo la mas humilde, y la mas inquieta por su salvacion de todas ellas, por mas que tambien fuese la que mas segun Dios se conducia.

No regó Magdalena con mas lágrimas el desierto que la Valliere su celda; y aun no satisfecha su alma con el llanto y la oracion, desahogóse en elocuentes páginas por su mano escritas sobre la misericordia de Dios (1).

(1) Para juzgar bien á la Valliere en su aspiracion al cielo, es preciso leer estas páginas de su libro: — « ¿Con qué os pagaré, Dios mio, el haberme devuelto la salud y la vida, el apartarme de las puertas del infierno, el conservarme el alma; tantas gracias, en fin, tantas misericordias como me prodigásteis á mí, vuestra humilde sierva? — ¿Será demasiado, Dios mio, para reconocer tantos beneficios; será demasiado devolvéroslos? ¿será demasiado, para reparar los escándalos de una vida en que no hice mas que ofenderos, consagrar la que me resta toda entera á serviros y honraros? ¿Será demasiado para satisfacer á vuestra justicia y haceros olvidar tantos placeres mundanos como á gozar me abandoné? ¿Será demasiado, y habré de abstenerme?— Es, en fin, demasiado, Señor, para preservarme de toda una eternidad desdichada, no aspirar ya mas que á la felicidad eterna, y á la posesion de Vos mismo, al torrente de las divinas bondades con que hartais las ansias de vuestros elegidos? — Ahora que vuestra luz ilumina mi razon y vuestra gracia penetra en mi corazon; ahora que el recuerdo del lamentable estado de que acabais de sacarme, me turba y me inspira, no obstante, confianza suficiente para dirigiros mis oraciones, no me dejéis, Señor, caer de nuevo en aquel letargo, y pernicioso olvido de mi salvacion que me hiciera dormirme sin inquietud ni remordimientos á la sombra de una funesta muerte! — Que la imagen de aquel momento postrero, de aquel momento horroroso en que habeis de juzgar nuestras justicias, y á que mi alma, sin penitencia ni confusion, se ha visto pronta á llegar para recibir el terrible golpe de muerte, no se borre jamás de mi memoria, como tampoco de mi corazon la bondad infinita que ha detenido vuestros rayos y aplacado vuestras venganzas. — Que no sea el gozo que siento por mi vuelta á la vida una funesta alegría que me prive de vuestra gracia, y arroje otra vez al mundo; que todos los vanos fantasmas, aun no bien disipados en mi espíritu, no usurpen en él jamás el lugar de las sentas verdades que vuestra misericordia acaba de grabar en mi alma.

» Enseñadme, turbando mi espíritu y quebrantando mi corazon, cuál debe ser mi dolor de haber tantas veces ofendido á un Dios tan poderoso y tan bueno; y cuál la pureza de mi espíritu y de mi cuerpo para recibir, huésped divino. — ¿Cómo ofreceréis un sacrificio puro y á vuestros ojos grato, con el espíritu lleno de mundanas vanidades, y el corazon ocupado por la pasion? ¿Cómo alojaros sin profanacion en la morada misma de donde acabo de arrojar á penas á vuestros mas crueles enemigos? ¿Cómo, en fin, podrá una pecadora, sin penitencia ni amor, presentarse á participar de los méritos de Jesucristo por ella crucificado; si en vez de unirse con él por la comunión santa, no quiere cometer un espantoso sacrilegio? — Inspiradme, pues, un sincero alejamiento de todo pecado, firme resolucion de abstenerme de cuanto pueda desagradaros, y apasionados deseos de

Prolijo fuera referir, y no lo haré, todos los cilicios que á su alma como á su cuerpo impuso : débil era, acaso la mas débil de todas, pero el amor de Dios supo inspirarle valor para todo.

— Pobre muger! — la dijo un día la señora de Armagnac, viéndola hilar estopa ; — en eso empleais manos que jugaron con un cetro!

— No hay porqué os asombre, respondió la Carmelita, ¿ no fui en la corte criada de la Marquesa de Montespan? Aquí no lo soy mas que de los pobres.

Todo Versailles quiso verla : y hasta á la Montespan misma le tocó la vez de ir á pedirla consuelos.

— Ah ! si el Rey viniera — solia decir en los primeros tiempos de su retiro — me ocultaria de tal modo tras de la oracion que le fuera imposible encontrarme ! (*Reconocerme*, pretenden otros).

« No tuvo que tomarse esa molestia, dice en sus memorias la Duquesa de Orleans, madre del que luego fué Regente durante la menor edad de Luis XV ; el Rey no fué nunca ; habiéndola olvidado tan completamente como si jamás la conociera.

ameros á Vos únicamente. Dadme, Dios mio, un corazon humillado y contrito de aquellos cuyos gemidos no desatendeis nunca ; quiero decir, Señor, inspiradme por vuestra santa gracia las mismas disposiciones con que la pobre Cananea (la muger adúltera del Evangelio) fué á postrarse á vuestras plantas. Miradme algunas veces, cuando á Vos me acerco; como aquella humilde extranera ; digo, Señor, como una pobre perra (chienne), que se considera de sobra feliz, recogiendo las migajas que caen de la mesa, donde á vuestros elegidos festejais. — Mirad piadoso á esta pobre pecadora, que aun abrasada por el fuego de sus pasiones, os pide como la Samaritana, una gota de aquella agua purísima y vivificadora con que súbito extinguisteis en su alma la fuente y la sed del pecado. — Pero, sobre todo, miradme sin cesar como á Magdalena, y haced que, como aquella santa penitente, riegue yo vuestras plantas con mi llanto, y esforzándome en amaros apasionada borre la multitud de mis crímenes. — En nombre de aquellas tres santas mugeres, que podemos decir que son aun vivos testimonios de vuestra misericordia para con nosotros, y que nos enseñan tambien cuáles deben ser nuestras esperanzas en la bondad vuestra, concededme, Señor, antes de que me acerque á vuestra sagrada mesa y de que participe de vuestros divinos misterios, una fe viva, humilde y constante, en la cual se encierran el cumplimiento de vuestra ley, y los fundamentos indestructibles de mi salvacion! »

XI

Luis XIV iba á morir cuando falleció la Duquesa de la Valliere.

Entre nubes sombrías bajó al ocaso oscurecido el astro del gran Rey ; mas antes de hundirse en la eterna noche acertó á brillar aun una vez con soberano esplendor, bañando su postrer horizonte en luz inesperada. Aquel que ya no sabia vivir, supo morir bien al menos ; sin temor ni á la tumba, ni al juicio de Dios, ni al de los hombres, probó por última vez que era grande ; y grande lo bastante para reconocerse á sí propio como nada. Frente á frente contempló á la muerte, y con sola una mirada, no de quien siente perderlo, sino de quien se despide, dijo adios á su palacio, nuevo Olimpo por él creado para albergue de su grandeza. Sus últimas órdenes fueron las de un hombre que va á emprender un viaje, no las de un Rey que se muere ; tan olvidado parecia en aquel supremo instante de sus antiguos desvanecimientos de autoridad suprema.

« Mostró, nos dice la Duquesa de Orleans, la mayor firmeza hasta el postrer momento. Riéndose dijo á la Maintenon : « Habianme dicho que » era difícil morir, y yo encuentro que es cosa facilísima. »

Para morir, sin embargo, entregóse todo á la muerte, y en vano las personas que le eran mas caras suplicáronle que les hablase aun otra vez : ya no estaba en este mundo ; ya solo con Dios hablar queria. Durante veinticuatro horas de confínio estuvo hiriéndose en el corazon, gran pecador arrepentido, y sin cesar exclamando :

« — Dios mio : tened misericordia de mí ! pronto estoy á comparecer » en vuestra presencia, Señor ! ¡ Qué os detiene para llevarme, Dios » mio ! »

La Duquesa de la Valliere no habia muerto mas humilde á los piés del Salvador.

Cuando le anunciaron á Luis XIV, ya á la tumba cercano, que la muger á quien mas habia amado acababa en fin de subir al cielo, dijo á la Maintenon, sin enternecerse, que todo aquello le parecia fechar de tan

lejos, que ya no lo creía. Luis XIV, en efecto, había vivido mas de una vida : pero por muy divorciado que estuviere ya entonces de la religion de su juventud, quizá encontrara aun una postrera lágrima que derramar, si le hubiesen dicho cómo había muerto la Valliere.

Fué de sed, y hé aquí cómo :

Atravesando un dia el jardin del convento, vió que una jóven religiosa tomaba agua de la fuente con la palma de la mano y en ella la bebia, recordándole aquel sencillo cuadro una de las mejores jornadas de sus mas prósperos dias. Era en Fontainebleau : paseábase en el bosque con toda la corte, y como su inclinacion la llevaba siempre á meditar en la soledad, alejóse mientras los demás jugaban á la *Gallina ciega*. Pero el Rey, que no la había perdido de vista, tardó poco en alcanzarla en la enramada, al pié de una fuente y precisamente en el momento en que Luisa se inclinaba para sacar agua de ella en la palma de la mano. Luis entonces, juzgando la copa digna de un Monarca, arrodillóse y bebió mas de una vez, diciendo que el agua se le trocaba en vino.

Olvidada, con otras muchas, aquella página de su novela, renovóse al cabo de medio siglo, mas poética que nunca en la memoria de la Carmelita.

— ¡ Oh Dios mio, exclamó ; perdonadme este recuerdo de tiempo tan funesto : mas pues que tanto placer tuvo el Rey en beber en mi mano, yo os hago voto en expiacion de aquel pecado de no beber mas en mi vida.

Cumplió su promesa ; cayó enferma ; y murió.

AQUÍ YACE
UNA MUGER QUE AMÓ
POR AMAR!

ARSENE HOUSSAYE.